



Zalazar, Belisario. "Del humano como formador de mundo a los pliegues del Afuera y despliegues de mundos divergentes en *Las constelaciones oscuras* de Pola Oloixarac". *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, marzo de 2024, vol. 13, n° 30, pp. 18-31.

# Del humano como formador de mundo a los pliegues del Afuera y despliegues de mundos divergentes en *Las constelaciones oscuras* de Pola Oloixarac

From the human as world maker to the Outside's folds and the unfolding of divergent worlds in *Las constelaciones oscuras* by Pola Oloixarac

Belisario Zalazar<sup>1</sup>

ORCID: 0000-0002-4373-7518

Recibido: 13/12/2023 || Aprobado: 21/02/2024 || Publicado: 26/03/2024  
ARK CAICYT : <http://id.caicyt.gov.ar/ark:/s23139676/239frerxz>

## Resumen

En el siguiente trabajo, a partir de la lectura de *Las constelaciones oscuras*, seguiremos las pistas de dos excéntricos representantes de la Ciencia del XIX, el naturalista Niklas Bruun y el botánico Tartare d'Hunval, intentando desentrañar la lógica que subyace al concepto occidental moderno de mundo. A medida que avancemos en la definición de aquello que pueda ser un mundo para el sujeto humano, seremos testigos, junto a Bruun y d'Hunval, del acoso de mundos más allá de este. De este modo, en un espacio-tiempo herido de muerte e irrespirable como el nuestro, seremos testigos de los Afueras que insisten y se abren para que imaginemos y alucinemos materialmente una cohabitación multispecie en esta, nuestra única Tierra.

## Palabras clave

Mundo humano; historia natural; Afuera; co-habitar.

## Abstract

In the following work, based on the reading of *The dark constellations*, we will follow the tracks of two eccentric representatives of 19th century Science, the naturalist Niklas Bruun and the botanist Tartare d'Hunval, trying to unravel the logic behind the modern Western concept of the world. As we advance in the definition of what a world can be for the human subject, we will witness, together with Bruun and d'Hunval, the haunting of worlds beyond this one. Thus, in a mortally wounded and unbreathable space-time such as ours, we will witness the Outsides that exist and open up for us to imagine and materially hallucinate a multispecies co-habitation on this, our one and only Earth.

## Keywords

Human world; natural history; Outside; co-inhabiting.

<sup>1</sup> Licenciado en Letras Modernas por la Universidad Nacional de Córdoba y actualmente se encuentra en la etapa final de su Doctorado en Letras por la misma institución. Su tesis titulada "Habitar en la era de las nuevas tecnologías: una aproximación a la ciencia ficción latinoamericana contemporánea desde los debates posthumanistas" ha sido posible gracias a una beca de investigación doctoral otorgada por CONICET. Sus temas de investigación se mueven en el arco trazado por los imaginarios del futuro, las crisis eco-sistémicas y los impactos de las nuevas tecnologías en los modos en que co-habítamos y co-agenciamos los mundos terrestres. Contacto: belazalazar@gmail.com



## I

**P**artamos de un diagnóstico que en el último tiempo se pega a nuestro presente como una mancha viscosa que tiñe la materialización de un porvenir posible en la Tierra: todo aquello que se dice es nuestro mundo, está herido de muerte. Sin embargo, ¿qué es un mundo, y qué significa que habitamos un mundo, digamos, moribundo? O tal vez, para ir más al fondo de nuestras pesquisas, ¿cómo salir de esta situación crítica, ya no un *impasse* en el pensamiento, sino un entramado de prácticas materiales cuya lógica de funcionamiento provoca destrucción, daños de todo tipo, y extinciones sistemáticas e iterativas? ¿Qué mundo, o mejor, qué mundos serían esos que posibilitarían otras formas de habitar que destituyan nuestro modo de habitar tecnocapitalista, el cual devora otros mundos para mantenerse operativo? En resumen, ¿qué movimientos conceptuales y existenciales se producen desde el momento en que anudamos las nociones de subjetividad y mundo, desplazadas del campo metafísico de la modernidad occidental, y las pensamos como una malla plegada sobre el habitar? Estas preguntas, estos senderos abiertos a través de las heridas de nuestro espacio-tiempo inquietante son los que intentaremos caminar, con la esperanza tenue de que transitándolos adquiriremos las responsabilidades (cfr. Haraway) necesarias para agenciar con otros, siempre con otros colaboradores, un presente denso atravesado por fuerzas regenerativas extendidas hacia el porvenir.

El problema de definir qué pueda ser el mundo, o bien el mundo como problema abordable por y para la razón ha sido una constante en el territorio de la filosofía occidental moderna, de manera sistemática por lo menos desde Kant (cfr. Gaston, 2013). En este campo, el concepto de un mundo como un todo (*as a whole*) que se presenta solo a un determinado tipo de existente, lxs humanxs, sobrepasa la mera intención epistemológica y funda una ontología política que determina las prácticas de producción y consumo, los modos de relación y el comportamiento con todo aquello que queda del lado del “mundo”. Como apunta Sean Gaston, lo que aquí planteamos como una ontología política se hace patente, por ejemplo, en la barrera heideggeriana según la cual mientras el hombre es el único que es ser-en-el-mundo, el resto de los entes no tienen mundo. La famosa sentencia heideggeriana de las tres tesis, según las cuales la piedra no tiene mundo, el animal es pobre de mundo y el hombre es el único y solitario *existente* formador de mundo, cristaliza una constante y un síntoma según la cual somos la única especie activa capaz de acceder y hacerse un mundo, y funda un dispositivo de aniquilación ontológica que invisibiliza otras formas de entender las relaciones entre los existentes en su potencia con-formadora de mundos divergentes.

La colisión de los mundos divergentes con el *concepto occidental de mundo* se hace patente desde el momento en que la posibilidad de continuar formando el mundo capitalista en el que habitamos se ha convertido en una empresa imposible. Y esto debido a que hemos chocado de frente con las condiciones geoquímicas y biofísicas que posibilitan la estancia en un mundo de sentido. Como nos ha obligado a saber el Tecnoceno, ese mundo no es solo cuestión de sentido, de una moral o de un proyecto existencial humano, sino que está anudado siempre-ya con unas bases materiales geo-bio-físicas (la piedra, los animales, las plantas), extra-humanas que sostienen toda capacidad de hacerse o formar mundo. La súbita colisión de lxs humanxs con la Tierra, cuyos efectos podemos medir en el calentamiento global, la acidificación de los océanos, la pobreza en nutrientes de los suelos, la pérdida de biodiversidad-extinción de especies, etc., hace implosionar ante nuestros ojos la división moderna entre naturaleza hostil/mundo humano. Y a partir de esa implosión, lo que “aparece” al borde de ese fin, al borde del discurso sobre el mundo y su final, es la *estructura a priori* que es la condición de todo aquello que hacía posible y pensable ese mundo. Emerge así la pregunta y la cuestión de determinar “para quién este mundo que termina es *mundo*” (Danowski y Viveiros de Castro,

52). El énfasis en la relación nos sumerge en el entrelazamiento enmarañado de cohabitar la Tierra.

La novela *Las constelaciones oscuras* escrita por la argentina Pola Oloixarac hace las veces de portal de entrada a ese lugar de habitación común, el cual bajo ningún aspecto se plantea como un programa armónico o de arribo futuro a un estadio de paz perpetua en el que las diferencias y los conflictos habrán sido abolidos, sino más bien como una tarea siempre por reanudarse, de articular mundos comunitarios multiespecies.

En *Las constelaciones oscuras* el mundo deja de ser un contenedor en el que un sujeto se encuentra arrojado, o incluso circundado, y es el tejido-nicho que emerge de prácticas ricas configuradoras de mundos densos ensayadas por agentes humanxs y no humanxs que se vuelven capaces, adquieren capacidad de respuesta y habilidades cognoscitivas, sensoriales, perceptivas y de todo tipo en el medio-que-es-la-relación o devenir-con, como plantea Haraway.

La novela está estructurada en tres partes, las cuales se corresponden con tres ventanas espacio-temporales que abren, mediante el uso de fechas y personajes claves, la narración de las peripecias y los dramas de la acción en cada caso. Los títulos de cada parte son: “Niklas, 1882”, “Cassio, 1983” y “Piera, 2024”. Si bien los nombres refieren a la centralidad de individuos antropomorfos, lo que daría la idea de que de lo que se trata es del encuentro, o desencuentro indiferente, entre mundos humanos alejados en el tiempo, proclives a ser conectados, los hechos narrados y los agentes que participan de ellos rápidamente contradicen esta presuposición inicial.

Partamos de una serie de premisas que nos permitan orientarnos para comprender qué concepto de *mundo* subyace como grado cero de inteligibilidad, el cual se irá difuminando a medida que avancemos con el análisis. Las premisas esgrimidas a continuación resumen el concepto de, o el conocimiento que (per)forma el mundo del tecnocapital demasiado humano.

- 1- El mundo es un todo ordenado que tiene sentido para un grupo de individuos humanos.
- 2- Un mundo aparece sobre el telón de fondo de un subsuelo primario (un real caótico, la naturaleza como terreno hostil) que necesita ser domesticado para posibilitar la subsistencia extendida en el tiempo de los individuos que componen una sociedad.
- 3- En principio esos individuos pertenecen a lo que se ha denominado la especie humana en tanto categoría universal distinta de otras especies o reinos como el animal o el vegetal.
- 4- Cada grupo humanx, lo que comúnmente llamamos una cultura tiene un mundo propio.
- 5- Hay mundos más ordenados y mejores que otros, lo cual implica que existen grupos humanxs que poseen una ventaja sobre el resto.
- 6- Un mundo superior tiene la capacidad, traducido en imperativo moral, de introducir a los demás mundos en *su* mundo, considerado de mayor valor y con más oportunidades (conocimientos y tecnologías) de sobrevivir.
- 7- Los mundos menos ventajosos, más rudimentarios o menos desarrollados pasan a formar parte de aquello que debe ser domesticado, de ese afuera caótico.
- 8- Lo que en principio aparecía como lo humano universal se convierte bajo esta lógica en un particular situado, delimitado y definido orientado a expandirse como universal.
- 9- A medida que el mejor mundo crece, la hostilidad del subsuelo primario, o del entorno que rodea y acecha la formación ordenada de ese mundo, retrocede o desaparece en tanto amenaza.
- 10- El mundo está ahí, nos dicen los gurúes del concepto occidental de mundo, para escapar del sinsentido y de la muerte.

- 11- En las afueras del mundo, lo que no ha devenido aún mundo en términos de la gramática tecnocapitalista, aguarda lo irrespirable, la línea de muerte caótica y salvaje que acecha el orden del sentido.

Un corolario de estas premisas, esbozadas de modo muy esquemático, es el siguiente: “A resolução do ‘enigma ontológico do acontecer em geral’ parece depender do reconhecimento do ‘abismo metafísico’ que isola o homem dos *entes que vêm ao encontro dentro do mundo*, como aquele único que guarda em si a possibilidade ontológica de todos os demais” (Valentim, 40, la cursiva es nuestra). El aislamiento metafísico del ser humano como posibilidad de acceder a un mundo de sentido, supone la necesidad existencial de subsumir a los demás existentes (el caos, la naturaleza hostil) a los intereses y requerimientos que ese mundo les impone para sostenerse, y así permitirle seguir viviendo a lo largo del tiempo. Un círculo vicioso e infernal se traza entre la tríada de mundo (concebido como *kosmos* ordenado y cerrado), humanxs y el caos primario-naturaleza hostil (el afuera que ha de ingresar como cimiento para la formación del mundo).

### **Asedios espectrales al mundo de la Ciencia: penumbras de la historia natural en los cuadernos de Niklas Bruun**

Nos internamos entonces en los meandros de la novela de Oloixarac provistos de estas ideas. La primera ventana nos transporta a fines del siglo XIX, donde arribamos junto con una expedición de exploradores europeos agrupados bajo “la bandera de la Ciencia” (Oloixarac, 21) a una isla perteneciente al archipiélago de Juba custodiada por el cráter de Famara. La expedición es una de las tantas expediciones científicas internacionales que comenzaron a internarse al interior de las tierras continentales no europeas a partir de mediados del siglo XVIII y durante todo el XIX munidos con “raros instrumentos y su obsesión de medirlo todo” (Pratt, 47) mediante los cuales las naciones europeas continuaron su ansia expansionista en busca de nuevos y potentes nichos comerciales. En *Ojos imperiales* Pratt señala esta nueva etapa de la expansión imperial europea acicateada por la ciencia:

una nueva orientación hacia la exploración y documentación de las tierras interiores continentales, en contraste con el paradigma marítimo que había ocupado el centro del escenario durante 300 años. Hacia los últimos años del siglo XVIII, la exploración interior había llegado a ser el objeto más importante de las energías y la imaginación expansionistas. (57)

El archipiélago de Juba es uno de los tantos nombres de lo que hoy conocemos como Islas Canarias, formaciones geológicas emergidas custodiadas por el océano Atlántico. La expedición, constituida por un cartógrafo, un zoólogo, un traficante de insectos, un cazador de orquídeas, el capitán del navío, y tres esclavos, pasará a la posteridad gracias a los documentos del integrante encargado de registrar e informar lo visto en aquel viaje, el joven Niklas Bruun. La presencia de los esclavos, las tecnologías de registro (los mapas, y las grillas clasificatorias que sirven a Bruun para decodificar y hacer comprensible ese territorio) y los dispositivos de captura (“las jaulas, los instrumentos de bronce, las trampas de madera y las sogas”, Oloixarac, 13), hablan a las claras de los intereses y las relaciones que se entablan con ese afuera. La presencia de Bruun no es accidental en este tipo de viajes, como no lo es tampoco el hecho de que sea su escritura la custodia de la autoridad, la veridicción y el valor de la información atesorada en sus cuadernos. La figura del naturalista resume en su persona una serie de cambios que tendrían lugar no solo en el ámbito de la exploración científica, sino en el de la literatura

de viajes que moldeó los deseos, la imaginación y los proyectos económicos y existenciales de Europa en su devenir global desde la colonización de los territorios de América en adelante. Como apunta de nuevo Pratt, “muchos escritores viajeros se apartarían de tradiciones tales como la literatura de supervivencia, la descripción cívica o la narrativa de navegación, para dedicarse íntegramente al nuevo proyecto de construcción de conocimiento que proponía la historia natural” (59).

Niklas Bruun, un por entonces prometedor naturalista, lega una serie de dibujos tenebrosos en los que la prensa sensacionalista de la época y los círculos de la aristocracia científica reunida en instituciones como la Royal Horticultural Society, se enfrentan a una serie de trazos inclasificables, “fárragos vívidos, elípticos, y por momentos, francamente incomprensibles” (Oloixarac, 24). Mientras los tipos sociales que componen la expedición dan cuenta de las alianzas entre la ciencia y el pillaje económico (*traficante* de insectos, *cazador* de orquídeas) que se unen en la empresa constitutiva del mundo europeo y su programa imperial, los trazos (palabras y dibujos) que retrata Bruun en sus papales son la ejecución del dispositivo de la *historia natural* inventada por Linneo. Este dispositivo organizado como un sistema de clasificación de plantas basadas en una nomenclatura botánica normalizada

inició una empresa europea de construcción de conocimiento en una escala y con una aceptación sin precedentes. Sus interminables páginas de listas en latín podrían parecer estáticas y abstractas, pero lo que hicieron –y fueron concebidas para hacerlo– fue poner en marcha un proyecto que se realizaría en el mundo en los términos más concretos posibles. Cuando su taxonomía se afirmó en toda Europa en la segunda mitad del siglo XVIII, sus “discípulos” (porque así se hacían llamar) se lanzaron a recorrer el mundo, por mar y por tierra, ejecutando lo que Daniel Boorstin ha llamado una “estrategia mesiánica”. (Pratt, 62)

La historia natural como proyecto global de clasificación buscaba lo que Foucault llamó una *mathesis universalis* que imprimiera un orden, gracias a los signos provistos por el lenguaje de la ciencia, al caos del no-todavía-mundo con el que los expedicionarios científicos europeos se topaban en los territorios interiores de América, África y Asia. “Cubriendo la superficie del globo especificaba plantas y animales en términos visuales como entidades discretas, subsumiéndolas y reacomodándolas en un orden finito y totalizador de hechura europea” (Pratt, 83-84). Si, como apunta Pratt, “[l]os sistemas clasificatorios [como los de Linneo y Buffon] generaron la tarea de ubicar a cada especie en el planeta, sacándola de su entorno particular y arbitrario (el caos) y colocándola en un sitio adecuado dentro del sistema (el orden: libro, colección o jardín) con su nuevo nombre europeo, secular y escrito” (71), los textos que Bruun presenta ante las Academias europeas instalan un caos dentro del orden.

El escándalo que provocan los escritos y las ilustraciones de Bruun en los círculos científicos europeos del XIX se debe a la zona de penumbra que instalan en el corazón de aparatos de clasificación como la botánica o sistemas de representación como la geografía, que constituyen el universo habitable de los hombres de ciencia. La penumbra que emana de los documentos (cfr. Oloixarac, 18) entre los que destaca *De Flora Subterranea*, notan (anotan, describen, dan noticia) “sistemas de cuevas que se hunden cientos de kilómetros en el Atlántico negro: reinos enteros donde los seres se apartan de la representación de la naturaleza” (24). Esa representación inscribe el exterior con el que se enfrenta el humanx en tanto sujeto de conocimiento, bajo los parámetros del imperio científico forjado por los saberes desplegados por los genios de Galileo, Newton y la *historia natural* de Linneo. Esa representación se funda en el estatuto legislativo de la naturaleza, gobernada por leyes infranqueables e inmutables que determinan la existencia efectiva de los fenómenos, y los modos en que estos, en su

materialidad objetiva, ocupan un espacio concebido geoméricamente. La *representación* de esa naturaleza legislada permite al hombre controlar esas leyes y torcerlas o derivarlas hacia un plano donde lo que impera es el interés propio y el beneficio incremental de individuos aislados entre sí y aislados del medio devenido espacio geométrico. Las líneas de demarcación y separación entre los seres, las especies y los reinos, las grillas clasificatorias propuestas por la taxonomía desarrollada por Linneo como dispositivo de la biología moderna, es heredera de una ciencia teológico-política cimentada en torno a las especulaciones galileanas (cfr. Beresñak, 148-154): “La característica común a todas esas cualidades primarias galileanas es que son posibles de ser aprehendidas mediante una cuantificación [una delimitación y una reducción] de todo lo que hay en el universo” (Beresñak, 204).

Lo que experimenta Bruun, en cambio, es lo que Deleuze & Guattari llaman “las bodas *contra natura*, que son la verdadera Naturaleza que atraviesa los reinos” (247-248), participaciones y alianzas, y no filiaciones entre individuos de una misma especie, articulaciones y no *representaciones de la naturaleza*.

Las descripciones iniciales no se limitaron a registrar comuniones extrañas entre vegetales e insectos. Hablan de pactos secretos entre especies, en zonas de la tierra que huyen del tacto humano. Los escritos de Niklas fueron testigos de una serie de transformaciones violentas y silenciosas “cambios leves pero fundamentales” surgiendo en manchas oscuras; distribuidas masivamente entre humanos y no humanos, se dan en expansiones de tiempo y espacio que resultan invisibles a los hombres (Oloixarac, 24).

La sensibilidad completa de Bruun es acosada y acechada por imágenes que desestabilizan no solo sus marcos de inteligibilidad, sus grillas clasificatorias científicas, sino toda una lógica que estructura una manera de pensar y vivir de *un mundo*. Lo que el pasaje anteriormente citado traduce como una eclosión de escalas no humanas (“expansiones de tiempo y espacio invisibles a los hombres”) es sobre todo un conflicto que aquello que es concebido como exterior presenta al interior (el individuo humano) y al concepto de mundo que este último se forma para sí en aras de resguardarse del exterior. Esta lógica paranoica es constitutiva del concepto occidental moderno de mundo, lógica que el tecnocapitalismo exagera y replica en una forma que se aparece como absurda y reductiva. La lógica paranoide promueve un sentimiento de inseguridad percibido en todos lados todo el tiempo, donde los individuos que acarrean consigo su mundo, sienten la invasión constante de su esfera inmunitaria por parte de los otros, los afueras no domesticados, no mundanizados *alla Occidente*.

Los documentos de Bruun registraban “*anomalías*”, las cuales un siglo más tarde serían retaceadas y decodificadas por las tecnologías bioinformáticas desarrolladas por Cassio, Max Lambard y su equipo, en términos de una “matriz de formas” (Oloixarac, 25). Las anomalías del XIX se tornan *informantes* a fines del siglo XX y durante el siglo XXI en la novela de Oloixarac. Los patrones invisibles “al mundo humano” se tornan legibles, asequibles de ser controlados y manipulados a través de algoritmos computacionales en el siglo XXI; “ahora que la oscuridad era legible, se volvía lumínica” (Oloixarac, 197). Dejemos por ahora a Bruun, ya habrá tiempo de regresar y analizar las penumbras y los espacios negros que sus cuadernos encierran y demos lugar a un concepto que aparece asociado a la idea de mundo humano forjado por el sistema capitalista: el Afuera o los Afueras.

### **Umbral: el Afuera como categoría filosófica y horizonte de expectativas**

El Afuera como categoría filosófica y como posibilidad de un horizonte de expectativas político aparece como una táctica y una instancia clave que nos transporta más allá de los límites

generalmente observados o incardinados por las imágenes del tecnocapitalismo. Desde su irrupción en (y a través de) el pensamiento de Blanchot –aunque se torna necesario también esbozar una genealogía del Afuera en la ciencia ficción partiendo de Lovecraft–, el Afuera busca decir, hacer visible, y más importante aún, hacer posible al pensamiento y a la experiencia cotidiana, un mundo totalmente transformado; el Afuera es un horizonte existencial que anida más allá “de aquello que *es*, del capitalismo, de la realidad tal como la conocemos” (Colquhoun, 95). Este horizonte, o campo especulativo, si hoy vuelve a acechar el pensamiento en tiempos de catástrofes, si retorna el *afuera* como tema luego de su insistencia en los proyectos de Blanchot, Bataille, Foucault y Deleuze en el siglo pasado “es quizá porque el estatuto mismo de la exterioridad ha sufrido un trastorno en los últimos decenios. Una de las consecuencias más tangibles de una tal mutación es la impresión asfixiante de que el campo de lo posible se ha agotado” (Pál-Pelbart, 2).

Las diferentes formulaciones y conceptualizaciones del Afuera comparten la problematización del sujeto humano, y por extensión, la del espacio fenoménico, el mundo semiótico-material, que le es dado experimentar y habitar. Esto significa que el Afuera viene a problematizar los límites del mundo de la subjetividad humana codificada por el tecnocapitalismo, y a partir de su transgresión y la incursión en ese más allá de los límites del mundo, lo que se transforma no es solo el concepto de mundo, sino que la subjetividad misma ingresa en tierras extrañas. Padecen ambos, el mundo y la subjetividad asociada a él, un proceso de extrañamiento, de rarefacción (*weird*), en los términos en que nos invita a pensarlo (y experimentarlo) Mark Fisher en sus trabajos sobre lo raro y lo espeluznante. No se trata de un cambio en las relaciones espaciales entre un adentro y un afuera definidos como territorios físicos. Antes bien, como recuerda Colquhoun, estos polos refieren al diagrama que torna posible la constitución misma de la realidad empírica tal como nos es dada a los sentidos y al pensamiento. El Afuera, relativo a un adentro, “no está más allá de una frontera, ni forzosamente en las márgenes deshechas ni en un tiempo por venir. Es una virtualidad de líneas que nos componen y de devenires que manan” (Pál-Pelbart, 6).

A partir de estas ideas, y retomando las premisas esbozadas al inicio de este trabajo, se delinean dos modos de circunscribir el *afuera*.<sup>2</sup> Por un lado, encontramos el afuera producido por la configuración propia del mundo tecnocapitalista, un afuera que en un primer momento se percibe como exterior o sinsentido necesario, que será fagocitado o deglutido para permitir la constitución del mundo como esfera de sentido y estructura habitable. Este modelo, o este modo de pensar y demarcar un afuera como exterior disponible para ser incluido como recurso para erigir el mundo, lo vemos funcionar en los proyectos de colonización de Marte, la última frontera representada por el espacio exterior que debe ser conquistado para que la larga marcha del Hombre continúe replicándose *ad infinitum*. Muy distinta es la manera en la que el *afuera* se percibe desde una estrategia alejada de este modelo. El Afuera –la mayúscula nos provee de un marcador morfosemántico para diferenciarlo del “afuera” propio de la axiomática tecnocapitalista– como horizonte, desplazado de la demarcación, se piensa, se vive como pliegue hacia adentro del exterior, que permanece en todo momento como “insistencia acosante (...) poliedro de fuerzas exo-endógenas que dan consistencia [a la efectivización de mundos fácticos]” (Ludueña Romandini, *Summa cosmologiae*, 39-40). Pliegue que nos transporta de

<sup>2</sup> La transcripción es importante aquí. Cuando utilizamos la mayúscula en la palabra afuera hacemos alusión al campo de posibilidades y los espacios de invención que horadan el mundo propio de las subjetividades producidas por los dispositivos tecnocapitalistas. Cuando nos referimos al afuera en minúscula apuntamos a la exterioridad disponible, al territorio o zona hostil que será fagocitada y domesticada para subsumirse y constituir el mundo autocontenido, vivido como plenitud de sentido por lxs individuos neoliberales. Por último, la decisión de incluir las cursivas sobre la palabra –*afuera*– tiene como objetivo referir a un significante que da cuenta en el texto a la noción vacía, es un recurso metodológico simplemente que se sustrae o se abstiene de la conceptualización.

una idea de sujeto encerrado en sí mismo, delimitado por capas o bordes que deben ser siempre afirmados (la piel y el rostro según la biología, la propiedad privada y el marco individual designados por los saberes de la economía elevada a ontología social) a una idea de sujeto que indefectiblemente está expuesto al exterior. Desde la óptica del Afuera no es el interior lo previo, sino el exterior (no definido en términos físicos o geográficos demarcativos), el sinfín de fuerzas y vectores que atraviesan un cuerpo abierto a las excitaciones exógenas de este campo enigmático. El viaje hacia el Afuera, o el tránsito por las líneas que intentan tocar este tipo de *afuera* tiene como condición previa “egresar<sup>3</sup> de los límites impuestos a la subjetividad por el realismo [tecn] capitalista” (Colquhoun, 94).

El deseo del Afuera, conduce a la pluralidad de mundos posibles que habitan allende el Ser del realismo tecnocapitalista. En cambio, este último vive el afuera en términos paranoicos, lo que conduce a aniquilar los Afueras y transformar su potencia en un único mundo desértico, irrespirable, hipercaliente. Un irrespirable que se vive bajo el horror de las extinciones y destrucciones del Tecnoceno.

Egresar de una narrativa anclada en la idea del mundo como encierro antrópico, o de subjetividad delimitada por el régimen tecnocapitalista, implica con-figurar una vida abierta al *Outside*, al Afuera que somos y con-figurarnos en comunidad con otros existentes, no como hombres aislados.

En las cartografías del Afuera, pues de eso estamos hablando, de las técnicas para sentir lo que allí aguarde o anhelamos nos encuentre, se dibuja una curva señalizada por un cartel que dice: “Salida/Egreso de Occidente”. No sabemos bien qué significa, pero deseamos el Afuera; la cosa aquí, en la esfera de metal y vidrio con luces de neón que es nuestra ciudad global difusa e interconectada con zonas de confort y zonas pauperizadas, zonas de producción de flujos financieros y zonas muertas, la cosa, esta Cosa se está poniendo caliente e irrespirable. Entonces, el Afuera y sus posibilidades, o el Afuera y sus actualidades.

### **Un retorno a las expediciones del naturalista Niklas Bruun. De anomalías y acosos del *Outside***

Volvamos a Bruun y leamos sus inserciones en el Afuera, o el acoso del *Outside* del que su sensibilidad se ve atravesada. No es accidental que Bruun comience a ser acosado por visiones e imágenes inquietantes en territorios donde la maquinaria y los dispositivos del imperio científico aún no han extendido sus tentáculos. En la isla de Famara primero, y más tarde acompañado por Tartare d’Hunval en el Amazonas (ambos exteriores no domesticados), el *sensorium* de Bruun se ve afectado por fenómenos raros e inquietantes, que sus escritos intentan registrar, arrastrándolo hacia zonas inexploradas por la representación de la naturaleza provista por la ciencia botánica de su época y que en el transcurso del siglo venidero quedaría restringida a la interpretación evolucionista *neodarwinista* (no darwiniana necesariamente). Si leemos la historia de Bruun como una sola, que no coincide en su totalidad con el capítulo-ventana que lleva por título su nombre (“Niklas, 1882”), sino que va parasitando las demás líneas temporales, ocupando cada vez más una mayor extensión en la superficie de la obra (Oloixarac, 13-23; 136-148; 206-225), distinguiremos claramente un estilo y una prosa muy diferentes al del resto de las partes que componen la novela. En este caso asistimos a un libro o crónica de viajes, género literario escrito por europeos que dan cuenta de sus viajes de exploración,

<sup>3</sup> El *egreso* es una política y es un deseo configurado por la lectura atenta que Matt Colquhoun hace de su maestro Mark Fisher. La palabra *egreso* fue utilizada tardíamente por Mark Fisher, reemplazando la idea de una “salida” del realismo capitalista, pues sentía que esta última había sido apropiada y absorbida por la lógica tecnocapitalista en su constante e iterativa producción de nuevas propuestas que en verdad no son sino una eterna repetición de lo mismo.

escritos profusamente a lo largo del siglo XIX para dar a “lxs públicos lectores europeos un sentido de propiedad, derecho y familiaridad respecto de las remotas partes del mundo en las que se invertía y que estaban siendo exploradas, invadidas y colonizadas” (Pratt, 24). Esta crónica en particular se enfoca primero en la vida y los viajes transcurridos entre la isla de Juba y las metrópolis imperiales europeas (Ámsterdam, Madrid y Lisboa) por parte de Niklas Bruun, hasta que en una de sus expediciones conoce a Tartare d’Hunval, excéntrico zoólogo y botánico abocado al *estudio fascinado* de orugas en pantanos de Madagascar y termitas en las selvas subseptentrionales de Asia. Ambos, atraídos “por la profundidad hermosa, simple y negra de la botánica”, así como seducidos por la pasión que despierta la orquídea “*Crissia pallida* y el estudio de seres que nacen y mueren más allá del humano, y del animal que el humano considera real” (Oloixarac, 106), unirán sus incomprendidos destinos científicos y emprenderán un viaje sin retorno a la selva amazónica, internándose en la espesura de ese espacio alejado de los esplendores de Río de Janeiro. El estilo condensado de esta historia de viajes y el recurso literario de transcripción de partes de los cuadernos y las notas dejadas por parte de ambos científicos que utiliza el narrador, intercalándolos con la descripción de sus vidas, sus descubrimientos y escenas paradigmáticas de sus *investigaciones*, nos sumergen en una *atmósfera alucinatoria* plagada de signos, imágenes y existencias donde la organización y las formas del mundo humano pierden su orientación, su estabilidad y sus contornos.

Como anticipamos varias páginas atrás, los textos de Bruun significaron una anomalía entre los informes científicos que se establecieron como uno de los géneros de la literatura de viajes entre mediados del XVIII y todo el XIX. En el citado trabajo *Ojos imperiales*, Mary Louise Pratt dedica gran parte de su estudio a leer “dos modos de la literatura de viajes, el científico y el sentimental, como formas complementarias de autoridad burguesa, que desplaza[ron] las tradiciones más antiguas de historias de supervivencia” (26). La historia de Bruun presenta varios recursos convencionales en la literatura de viajes analizadas por Pratt, tales como las escenas del arribo a la zona de contacto (cfr. Oloixarac, 13-16), la erotización de esa zona (18-19, 148, 210 y ss.), “la dimensión heroica de esta clase de descubrimiento: la superación de todos los obstáculos geográficos, materiales, logísticos (...) en cuyo nombre se sacrificaron incontables vidas y se soportaron intolerables sufrimiento” (Pratt, 366) como cuando se nos cuenta que Tartare d’Hunval quedó ciego ocho días en la selva de Hoto-Mun (Oloixarac, 140), entre muchos otros. Con todo, la historia (es nuestra hipótesis) se desvía de los marcos imperiales expuestos por la crítica canadiense y se interna en una zona que la conecta con las historias, o el método, SF propuesto por Haraway.<sup>4</sup>

La historia de Bruun, en un principio, aglomera las convenciones y estrategias literarias de escritos de expediciones científicas en las zonas de contacto en las que los viajeros naturalistas europeos efectivamente entran en *contacto* con la naturaleza (no europea) y sus habitantes, equipados con sus ojos científicos y organizadores. Como especifica Pratt, la *zona de contacto* refiere al “espacio de los encuentros coloniales, el espacio en el que personas separadas geográfica e históricamente entran en contacto entre sí y entablan relaciones duraderas, que por lo general implican condiciones de coerción, radical inequidad e intolerable conflicto” (33). Sin embargo, desde ese mismo inicio, la narración expone las limitaciones y la estrechez de miras de esos ojos ordenadores de los científicos y el grupo de expedicionarios

<sup>4</sup> En el método SF, un camino que conduce a un espacio-tiempo virtual, ausente, pero aún posible en nuestro presente capitalista, esto es, capaz de adquirir la textura de una realidad común, la ciencia ficción (*science fiction*) se intersecta y se confunde con la fabulación especulativa (*speculative fabulation*), el feminismo especulativo (*speculative feminism*), los hechos científicos (*science facts*) y la temporalidad inestable del hasta ahora (*so far*). SF es tanto el método como el espacio que se intenta configurar como alternativa (Haraway 2019).

que emprenden el viaje al interior de las tierras interiores desconocidas.<sup>5</sup> En *Las constelaciones oscuras*, apenas entra en los valles profundos de la isla de Juba, el grupo al que pertenece el joven Bruun se pierde en la noche y confunde el cielo estrellado con una cueva surcada por insectos. Asimismo, una vez instalados en una laguna, y prestos para desplegar su dispositivo de visión que contempla, reconoce, clasifica y posee, los exploradores vuelven a fallar: Bruun, observando criaturas deslizarse en el agua “abre un ‘espacio de duda por tener [sus] ojos excitados por el roce de la oscuridad’” (Oloixarac, 15). Todo conspira contra los intentos de transformación o conversión de la naturaleza, de ese espacio caótico, en historia natural, “la empresa acumulativa y de observación de documentar la geografía, la flora y la fauna” mediante un lenguaje visual y analítico que devuelve un paisaje altamente específico y diferenciado (Pratt, 105-106). Y no es que se trate de una contingencia, sino que el exterior nunca termina de estabilizarse para ser documentado y ubicado en grillas. Incluso en el momento del arribo al lugar más elevado del cráter, el *ojo* que comanda todo lo que cae *bajo* su visión, no encuentra otra cosa sino monumentos perturbadores, esfinges desfiguradas que semejan, solo semejan, formas humanas que los sumerge en una repetición atroz y que Bruun dibuja “recubiertas de algas secas con el sombreado azul y gris que reserva a las apariciones lúgubres” (Oloixarac, 15).

La *atmósfera alucinatoria* puede ser uno de los nombres del espacio SF (en los términos en los que lo definimos a partir de Haraway) que creemos se halla diseminado entre las páginas que se ocupan de Bruun y los exploradores primero, y de Bruun en compañía de Tartare por el Amazonas después. Un hilo invisible, un agente interespecífico es el nodo que posibilita percibir, imaginar, alucinar, soñar con este plan de consistencia en el que se ve, se oye y se toca lo imperceptible dirán Deleuze & Guattari: *Crissia pallida*. Un agente que congrega una danza de individuos animales, vegetales, fúngicos y humanxs en devenir, multiplicidad simbiótica, esta orquídea que hace de la isla de Juba “un hervidero de *Crissia pallida*” (Oloixarac, 13) y acompaña a los dos naturalistas desacreditados por sus colegas científicos en sus viajes por la selva brasileña, agencia un mundo alucinado, totalmente otro, real y fuera de las cartografías del mundo forjado por el Hombre. *Crisirtualsia pallida* es el individuo excepcional de una manada de otros seres que comparten la mesa en la historia de Bruun; es el espécimen demoníaco que es Legión, con el que habrá que hacer alianza para devenir otra cosa más que humanxs, devenir-mundo-con-otrxs, es el *Anomal* diremos con Deleuze & Guattari, una anomalía. Mientras, “[l]o anormal sólo puede definirse en función de caracteres, específicos o genéricos (...) lo *anomal* es una posición o un conjunto de posiciones con relación a una multiplicidad” (Deleuze & Guattari, 249). *Crissia pallida* en principio es una clase de orquídea que en el orden de las filiaciones interespecíficas requiere de la intervención de un insecto para que pueda producirse, mediante polinización cruzada, la reproducción sexual. En este sentido es un bloque de devenir que atrapa a una orquídea con una avispa, por ejemplo. Pero *crissia pallida* es mucho más que eso, es *anomal*, y como tal es “un fenómeno de borde”, es un agente de contagio y comunicación, una línea recorrida por “comunicaciones transversales entre poblaciones heterogéneas” (Deleuze & Guattari, 245), una potencia de afectos que crean multiplicidad, devenir, cuento, que abren un espacio SF para contar/fabular historias.

Ni individuo ni especie, ¿qué es el *anomal*? Es un fenómeno, pero un fenómeno de borde. Nuestra hipótesis es la siguiente: una multiplicidad se define, no por los elementos que

<sup>5</sup> La utilización del masculino para referirnos al grupo de exploradores tiene su significado aquí: [l]os naturalistas-héroes (...) nunca son mujeres. No hay mundo más androcéntrico que el de la historia natural, aunque esto no significa, desde luego, que no hubiera mujeres naturalistas” (Pratt, 115).

la componen en extensión, ni por los caracteres que la componen en comprensión, sino por las fincas y las dimensiones que implica en “intensión” (Deleuze & Guattari, 250)

Bruun y Tartare devienen *Crissia*, en ese devenir no cuentan los individuos Niklas Bruun y Tartare d’Hunval, ni tampoco la orquídea en cuanto ejemplar recolectado en un frasco de herbolario o elemento aislado, especie arrancada del mundo del que participa y con-forma con otrxs aliadxs. El secreto de *Crissia* estriba en su propensión a la articulación de seres en principio incompatibles (insectos, humanxs, esporas que flotan en el aire, nutrientes que yacen en las profundidades de la tierra) ensayando una ecología transespecífica en la que sus invitadxs “se involucran recíprocamente en las vidas de lxs otrxs” (Hustak & Myers, 26). *Crissia* captura la atención de Bruun y de Tartare y, como Darwin por aquellos mismos años, quedan atrapados con los insectos “en las órbitas de estas plantas seductoras” (Hustak & Myers, 29). Su curiosidad compartida, intensiva y fascinada, los encuentra revoloteando alrededor de los labelos de esta flor, enredándolos en un espacio multisensorial, cuya densidad está dada por los afectos y las excitaciones *transducidas* por los artilugios (las ingeniosas técnicas) desplegadas por los diferentes tipos de orquídeas que componen el orden *Crissia pallida*. Pero no es solo *Crissia* sino un conjunto de otros seres, que juntxs enmarañan parentescos raros (cfr. Haraway, 21), los que acechan los cuerpos excitados y resonantes de los naturalistas: Bruun “escribe en una noche de inspiración su oda a los *Numidae Espora*” (Oloixarac, 138); Tartare persigue las huellas de la oruga mono *Phobetron phitecium dhunvalika*<sup>6</sup>, y en un proceso de endoparasitismo es invadido por *Nubia crisallis*, una espora que ingresa por el oído de su anfitrión y se aloja en la carne cerebral de Tartare.

A través del relato de las fascinaciones de Tartare y Bruun, nos percatamos de que *Crissia pallida*, *Phobetron phitecium dhunvalika*, *Numidae Espora* y *Nubia crisallis* no son objetos de estudio sin más, sino que “son *practicantes* que llevan vidas activas con destrezas sensoriales extraordinarias y una inclinación hacia los comportamientos innovadores” (Hustak & Myers, 32). La figura de la *atmósfera alucinatoria* refiere en un mismo movimiento “al ímpetu enérgico que congrega a los organismos en relaciones ecológicas complejas” (36) y cuya intra-acción inventa y hace un mundo alucinado por esos practicantes multiespecies, por un lado; y, por otro, al espacio-tiempo enrarecido en el que ingresamos como lectores cuando recorremos con nuestro cuerpo sensible las descripciones de las peripecias de Bruun y Tartare. Nosotrxs también, enredadxs al destino del *devenir-crissia* o el *devenir-nubia crissalis* de estos botánicos excéntricos, experimentamos un éxtasis, una salida hacia afuera, en contacto con el Afuera, y de allí salimos transformadxs.

Si hay algo que comparten estas especies monstruosas, anómalas y raras para la ciencia biológica de la que quedan excluidos Tartare y Bruun es que tienen filamentos, tentáculos, hifas, raíces y antenas que les permite abrirse al afuera donde forman un rizoma con algo más—el viento, un insecto, una espora, seres humanxs, imágenes-espectros que acosan la psyche—. Siguiendo esas líneas que conectan con otras líneas en un juego creativo, sensual y excitante, lxs *anomales* se vuelven *chtónicos*, seres de la Tierra, de un mundo terrestre que cambia y muta conforme a los encuentros, los experimentos interesantes y los espacios soñados por estos agentes. Los chtónicos, nos invita a pensar Haraway son seres de la tierra, especies compañeras

que demuestran y performan la significatividad material de los bichos y procesos de la tierra. También demuestran y llevan a cabo consecuencias (se retuercen, se deleitan y

<sup>6</sup> Este espécimen es un tipo ficticio, inventado por Oloixarac en su texto, de la oruga *Phobetrom phitecium*, una larva conocida como la oruga mono por sus extensiones peludas que alguna vez, a algún científico, le recordaron a las colas de los monos. El taxón *dhunvalika* adherido a su nomenclatura refiere a su descubridor, Tartare d’Hunval.

crecen profusamente con formas variadas y nombres diversos en las aguas, los aires y los lugares de la tierra). Hacen y deshacen; son hechos y deshechos. Son quienes son. (20-21)

Hacen y deshacen, son quienes son. “Son quienes son”, no solo es una reelaboración blasfema típica de la escritura enlodada de Haraway del Verbo monotesita “Soy el que soy”, sino una línea de fuga del mundo aislado del hombre, que cuenta, narra y suma, muchxs actantes en la historia de la Tierra, de la configuración de mundos-más-que-humanxs. Sin embargo, no debemos comprender ese sintagma como un enunciado que afirma una lógica identitaria: ellxs son quienes son, cada quien es quien es. Al contrario, la atmósfera alucinada (y alucinatoria) desarma las cosas, reestructura la imaginación y el modo en que se ordenan las palabras y las cosas. Así es como Tartare experimenta en carne propia una transformación completa de su subjetividad *en medio* del viaje por Hoto-Mun, cuando la espora, la termita, no queda claro, se hospeda en su cerebro. Quien antes era Tartare, un botánico reputado en el ambiente de la ciencia, al volver de aquel viaje “a la vida social de Ámsterdam, nadie lo reconocía” (Oloixarac, 140). De igual manera, nadie reconoce al joven Bruun a su regreso de Juba. Ambas subjetividades, a partir de esos acontecimientos, son arrastrados a otros mundos, mundos en los que intuiciones nuevas se apoderan de su *psyche*, de su sensibilidad encarnada.

En sus cuadernos, [Bruun] explica que las plantas que dibuja se le aparecen como “una reorganización de los ojos, del rostro humano todo”. Sus escritos comienzan a poblarse de especímenes raros, que los naturalistas posteriores no pudieron vincular con existencias vegetales *fuera de sus cuadernos*; en raptos nocturnos (cree haber conocido a estas criaturas en sueños donde se ve a sí mismo atravesando cavernas bajo el mar para llegar a islas desquiciadas donde lo reciben brisas misteriosas, nubes al ras de la tierra, inéditas en su prosa) (Oloixarac, 137).

Tartare se decía poseído por una serie de intuiciones nuevas, “intuiciones totalmente extranjeras a la manera en la que está concebido el mundo” que pondría por escrito en su nuevo libro [*Monographie des Termiten*]. No solo su aspecto había cambiado, todo su ser avanzaba imbuido de un nuevo vigor. (142)

Tartare, Bruun y sus experimentos devienen-con, se abren a la responsabilidad de los bichos y los espectros (intuiciones, sueños) que socavan los límites de sus cuerpos y sus *corpus*, sus cuadernos. “Entumecido ante la indiferencia, Tartare abandona todo eslabón formal con la sociedad científica de su tiempo y se muda a Río de Janeiro” (143), y allí va acompañado de Bruun. La simbiosis de ambos personajes, su colaboración en la selva amazónica, comienza a partir de las simbiosis anteriores y respectivas que acabamos de describir. Tartare y Bruun son, desde entonces, simbiosis, chtónicos conectados a ecologías parciales y efímeras, y no a un mundo imperecedero y eterno que la historia natural redescubre etiquetando lo que toca y ve como Adán en el Paraíso.

### Una posible conclusión abierta al porvenir

La rareza en la sintaxis y en la manera en que está narrada esta historia, la rareza que provocan los cuadernos y las obras de Bruun y de Tartare d’Hunval entre los científicos de las Academias europeas, pero también la rareza que emana de sus presencias en los círculos sociales de su tiempo, la rareza de los acontecimientos vividos, todo ello compone la atmósfera alucinatoria en la que todxs quedamos inmersos. Lo raro, sostiene Fisher, tiene que ver con “la fascinación

por lo exterior, por aquello que está más allá de la percepción, la cognición y la experiencia corrientes” (10), más específicamente con una sensación de “algo *erróneo*: una entidad rara o un objeto que es tan extraño que nos hace sentir que no debería existir, o que, al menos, no debería existir aquí” (19). Y esa sensación sienten los científicos naturalistas europeo del siglo XIX ante Trataré/Bruun y sus cuadernos en la novela, y esa sensación sentimos nosotros enfrentados a la presencia-rugosidad, la anomalía de la historia de estos naturalistas, incrustada en medio de la historia de la ciencia ficción biopunk ubicada entre fines del siglo XX de Oloixarac.

Sin embargo, como bien se encarga de resaltar el mismo Fisher, lo raro no se asimila a lo *Unheimlich* freudiano, categoría dependiente de una idea de la psique como territorio subjetivo interior e individual. La sensación de lo raro, o lo erróneo que instala el objeto extraño en su rareza nos habla más que nada de que nuestras concepciones de la realidad, de las categorías con las que conocemos y experimentamos las cosas, son inadecuadas.

Otros mundos más allá del mundo humano occidental insisten y nos invitan a recorrerlos, mundos que se erigen en tanto Afueras que acosan la lógica paranoica del Hombre forjador de un único mundo cerrado sobre sí mismo. Los periplos existenciales de Bruun y Tartare d’Hunval, sus inmersiones en selvas como el Amazonas y los registros de sus experiencias y devenires en sus cuadernos circundados por una atmósfera alucinatoria, nos invitan a imaginar y practicar otras lógicas y maneras de hacer mundos. Imaginación, horizonte de expectativas, otros mundos que se bifurcan de los sueños de conquista y las catástrofes perpetradas por el mundo humano y el sistema de producción y consumo del realismo capitalista. Mundos SF (mundos fabulados, especulativos, donde los hechos científicos y la ciencia ficción se interpenetran), diremos con Donna Haraway, para un porvenir multiespecies, donde la regeneración en un planeta dañado es aún posible. La extrañeza de esta historia, incrustada en la novela biopunk de Oloixarac nos instala en un tiempo dislocado que coincide con nuestro presente dañado, con la esperanza intacta de que todavía quedan historias o senderos imaginarios, con-fabulados con otros existentes, que nos invitan a f(r)icciónar otras formas de habitar esta, nuestra única Tierra.

## Obras citadas

- Colquhoun, Matt. *Egreso. Sobre comunidad, duelo y Mark Fisher*, Caja Negra, 2021.
- De la Cadena, Marisol & Blaser, Mario. “Introduction. Pluriverse. Proposals for a World of Many Worlds” in *A world of many worlds*. Marisol de la Cadena & Mario Blaser (eds.), Duke University Press, 2018, pp. 1-22.
- Deleuze, Gilles & Guattari, Felix. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-textos, 2022.
- Danowski, Deborah & Viveiros de Castro, Eduardo. *¿Hay mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*, Caja Negra, 2019.
- Fisher Mark. *Lo raro y lo espeluznante*, Alpha Decay, 2018.
- Gaston, Sean. *The concept of world from Kant to Derrida*, Rowman & Littlefield, 2013.
- Haraway, Donna. *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*, Consonni, 2019.
- Hustak, Carla & Myers, Natasha. *Ímpetu Involutivo. Afectos y conversaciones entre plantas, insectos y científicos*, Cactus, 2023.
- Ludueña Romandini, Fabián. *Summa Cosmologiae. Breve tratado (político) de inmortalidad. La comunidad de los espectros IV*, Miño y Dávila, 2020.
- Oloixarac, Pola. *Las constelaciones oscuras*, Literatura Random House, 2015.

- Pál-Pelbart, Peter. “Cartografías del afuera” uninomada.co. [Título original: “Cartographies du Dehors” *Rue Descartes*, 2008/1 n° 59, p. 20-30]. pp. 1-10. Disponible en: [http://medicinayarte.com/img/pelbart\\_cartografias\\_del\\_%20afuera.pdf](http://medicinayarte.com/img/pelbart_cartografias_del_%20afuera.pdf) consultado por última vez el 9 de diciembre de 2023.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Valentim, Marco Antonio. *Extramundandade e sobrenatureza. Ensaio de ontologia infundamental*, Cultura e barbarie, 2018.